

CIEGO

In memoriam

Muertos míos, ¿por qué
me abandonasteis? Creo
que ya no podré ser
nada. Como si un viento
implacable asolase
el áspero desierto
de mi vida, que es
puro dolor sin término,
angustia soterrada
y estéril, tan adentro
que clava en las entrañas
aguijón y veneno.
¡Qué inútil es vivir
sin vosotros, mis muertos!

metálicos al aire
y alborotar frenéticos:
El hombre ha despejado
los caminos del cielo?
Todo el cielo es camino
descaminado, necios,
y alguna vez se cierra
y es de Dios el secreto.
Vosotros, oruguillas,
larvas de pensamiento,
ni siquiera podéis
devolverme mis muertos.

Venid, sabios, doctores,
magos del mundo entero;
revivid el milagro
de Betania, os lo ruego.
Aquí, bajo esas losas
de piedra, están sus restos.

Devolvedles la vida.
Infundidles aliento.
Dadle voz y mirada,
latidos y silencios.

Haced que yo les vea
y que palpe los cuerpos,
y acaricie sus manos,
sus frentes y cabellos.

Que no podéis, decís...
¿Pues qué podéis, pigmeos?
¿Ir a Marte, a la Luna?
¿Lanzar unos fragmentos

Os traigo florecillas
y, dentro, mi recuerdo.
Son humildes, comunes,
de un pobre jardinero
como yo; pero guardan
el aroma del huerto,
calorcillo de hogar,
de lo mío, de lo nuestro.

Mirad este capullo
vivo, fragante, ledo;
es como un corazón
de pájaro latiendo.

Cómo inclinan la frente
los albos crisantemos:
nevadas cabecitas
que presienten inviernos.

¡Oh, mis muertos queridos,
mis bienamados muertos!
Os llevasteis la luz
y me he quedado ciego...

EUGENIO PAYO

José,

EL LOCO

Cuento Primero.

EL cielo estaba intensamente azul, profundamente azul, por donde ella andaba campo atraviesa, con un libro en la mano. Sus ojos altos, mirando sin mirar una montaña que tenía delante, cerca, casi en los ojos.

Abrió el libro. No podía leer. Quería pensar en algo que se le iba de la imaginación, que no era capaz de centrar en su cerebro. Se acostó en un campo de margaritas. El azul del cielo le impresionaba. Recordó unos versos: «azul hundiéndose azul - cada vez más en el alma». Sintió a alguien a su lado. Tuvo miedo. Sabía quien era aquél que la miraba. Cerró sus ojos. Rezó.

Quien la miraba era José, el loco.

José, el loco, con el pelo casi blanco, alborotado. Los ojos claros, verdes, como un pequenísimo mar de madrugada. Dicen que se puso loco de amor. Nadie sabe bien esa historia. Nadie sabe ya que es eso del amor.

José, el loco, salía al campo apenas amanecía y muchos días no volvía al pueblo por la noche. No dormía o dormía poco. Andaba entre peñas o en el campo raso. Era cosa de verlo en noches de luna.

José, el loco, era un milagro. Nadie sabía de qué comía, si comía. De nadie aceptaba nada. Todos los cabreros de la comarca lo celebraban al verle. El sabía siempre dónde estaban las ovejas y las cabras perdidas. El sabía como nadie cuándo iba a llover, a tronar, a nevar.

Tenía sus rarezas. Besaba los nidos abandonados. Ayudaba a las hormigas a meter pajitas y alas de saltamontes en el hormiguero. Daba refugio entre sus ojos al conejo perseguido, a la paloma mal herida, al perro huido del hombre.

Dicen que comía raíces, hierbas, semillas. Nunca quitó a nadie nada. Jamás pidió una limosna por caridad.

José, el loco, miraba a aquella muchacha asustada, latiendo bajo una blusa morada, como un trozo de tierra tocada por Dios. Abría y cerraba los ojos. Se llamaba Mariana. Conocía, como todos los del pueblo, a José. Lo había visto en sus sueños corriendo entre los riscos del monte como una cabra salvaje. Oyó el comentario de